

una oscura cripta labrada por los tímidos cristianos en el sitio que antes había sido templo de Minerva; al pie de una tosca cruz de madera está arrodillada día y noche, cubierta con un velo blanco, indicio de que ha ofrecido su virginidad al que se llama «Corona de las Vírgenes»; á pesar del humilde vestido que la cubre es la hija del Cónsul de Toledo; es la que poco tiempo después, va á ser el Angel tutelar de esta ciudad, es vuestra gloriosa Patrona Leocadia.

¿Qué año apareció en este valle de lágrimas tan delicada flor? Dificiles fijarle, sin temor de errar; pero puede calcularse aproximadamente, haciendo una breve reseña de sus padres. De la ciudad de Atenas vinieron á Toledo á fines del siglo tercero, tres sobrinos del grande Osio, obispo de Córdoba, el célebre presidente de los Concilios de Sárdica y Nicea. Esos tres hermanos se llamaban Melancio, Leocadio y Salomón.

Educados en la religión cristiana por su piadoso tío, pronto llegaron á ser conocidos en la capital carpetana, por sus muchas virtudes y esclarecido talento, no tardaron tampoco en obtener los puestos más elevados de la ciudad. Melancio por acuerdo unánime de los cristianos de Toledo y de los prelados más inmediatos, fué ordenado obispo de ella hacia el año 286 de la era cristiana según afirman sus historiadores, y Leocadio, padre de la insigne virgen toledana, fué nombrado gobernador de la ciudad, y contrayendo matrimonio con una doncella de la más esclarecida nobleza, cuyo nombre se ignora, tuvo la dicha de conseguir como fruto de su unión, bendecida por el cielo, á esa hermosa niña, que fué llamada Leocadia.

Todos admiten que el Santo Obispo Melancio administró el bautismo á su sobrina y de aquí se puede deducir, que nació desde el año 86 al 90, no habiendo podido nacer antes de esa fecha, porque entonces no hubiese sido bautizada por su tío, suponiendo piadosamente, que siendo hija de padres cristianos sería bautizada á los pocos días de su nacimiento y no pudo nacer después porque hubiese sido una flor demasiado tierna para la guadaña de Daciano.

¡Qué dulce es el aprender de los labios de una madre cariñosa la religión que se ha de profesar! ¡qué agradable es balbucir con inocente lengua las sencillas plegarias que nos enseña mientras nos tiene amorosamente recostados en su regazo! De ese modo conoció Leocadia á Jesucristo. Las persuasivas palabras de su cristiana madre fueron las que en su misma cuna la enseñaron á amar la virginidad, sus amorosos consejos los que formaron en ella aquel corazón tan dulce y esforzado, que pocos años después había de atraer con su dulzura hasta á los mismos gen-

tiles de Toledo, y conmover con su entereza al cruel gobernador tarraconense.

Apenas había llegado á la edad en que se puede discernir lo lícito de lo ilícito, cuando, conociendo que todo en la tierra es perecedero, procura buscar en el cielo afecciones que la obliguen á elevar hacia él sus hermosos ojos. Nada, nada son, dice, los esposos de la tierra que con su infidelidad ó con su muerte siembran de luto y desengaños el inocente corazón de sus esposas. Sólo un amor puro, sólo un amor que no perezca puede llenar el corazón de los mortales, sólo un amor infinito es capaz de satisfacer los infinitos deseos de un tierno corazón, y por eso desde hoy, que todavía está puro de las afecciones terrenas, no ten-

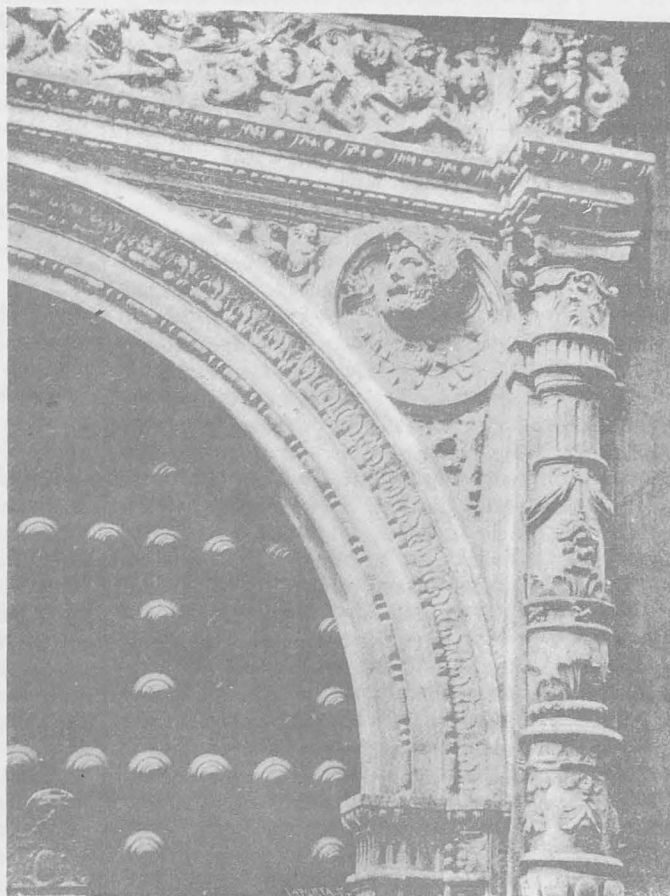
minó sacrificar en su obsequio los más insignificantes deseos de su alma, y para hacer más fácil ese sacrificio ingresó todavía niña en una comunidad religiosa que por haber sido fundada por unos monjes, que poco tiempo antes habían venido á esta ciudad desde el sagrado monte Carmelo, fué llamada de las Carmelitas, según asegura el sabio historiador de Toledo, conde de Mora. Es verdad, que por esa profesión no se encerraba para siempre en estrecha clausura como las carmelitas de nuestros tiempos; es cierto que á pesar de su voto de pobreza vivía en el suntuoso palacio del gobernador de la Carpetania, rodeada de todas las delicias imaginables; pero si no por obligación, por voluntad al-

menos, era más reducida su celda que la de las Carmelitas de Santa Teresa; todos la conocéis, juzgad por vuestros ojos, id á la parroquia que hoy lleva el nombre de aquella inocente criatura, bajad á la pequeña cueva que hay debajo del presbiterio, despojadle en vuestra imaginación de todos los modestos adornos que hoy contiene, y la lóbrega y húmeda habitación, que resulte, después que hayais hecho lo que os digo, es la reducida celdita de Leocadia.

Allí, postrada de hinojos ante una tosca imagen del patíbulo de Jesús, la sorprenden los tímidos rayos de la aurora, que logran disipar un poco las densas tinieblas de aquella catacumba; allí, y en la misma posición, se encuentra no pocas veces á las más altas horas de la noche; sólo cuando la caridad reclama sus servicios, abandona el tiempo necesario su lóbrega mansión, para dedicarse á consolar al desvalido y socorrer al necesitado. Penetra en la inmundachosa del enfermo, y, diluido en la agradable pócima de los consuelos humanos, administra al desgraciado el consuelo celestial, le arrebató al infeliz de las garras de la muerte y del demonio al mismo tiempo; nunca reparte la limosna corporal sin repartir al mismo tiempo la del

espíritu; pocas veces habla á los idólatras sin que consiga fundir sus idolillos con el calor de sus palabras; es la admiración de los paganos, el consuelo y principal adalid de los cristianos. Esa era la fragante azucena de Toledo que deseaba trasladar á otro jardín el sanguinario Publio Daciano, gobernador de la España Tarraconense.

«Ad evertendam Hispaniam», como dicen las Actas de la Virgen, «para arrancar el cristianismo de España» fué nombrado gobernador de ella ese tigre sediento de sangre cristiana por los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano. «No se atreva la lengua», dice el mismo documento, á pronunciar los azotes que mandó dar, las vidas que según el largo itinerario que trajo desde Roma



LA PUERTA DEL CONVENTO DE SAN CLEMENTE

drá otro amor que Jesucristo, á él dedicaré desde este instante mis pensamientos, él será el eterno ideal de mis inocentes ensueños. ¡Acepta, le dice, Jesús mío, la virginidad que te ofrezco! tuya es mi alma, porque la has criado y redimido, tuyo será también mi pobre cuerpo, porque creo es la mayor satisfacción confiarle á tus cuidados. Y en conformidad con sus inocentes deseos recibió de manos de su Santo tío, el purísimo velo, que desde los primeros tiempos del cristianismo, fué significativo emblema de perpetua virginidad.

Creyendo de escaso mérito todo lo que hasta entonces había hecho por el eterno esposo de su amante corazón, pensó dedicarle todos los instantes de su vida, que tan breve debía ser; deter-